

Don Vicente Cimatti

SANTIDAD
SALESIANA

Teresio Bosco

En 1896 Vicente Cimatti profesa como salesiano salesiano. En 1905, el gran misionero salesiano mons. Cagliero lo ordena sacerdote. Doctor en ciencias naturales, en filosofía y en pedagogía. Diplomado en composición musical en el Conservatorio de Parma. Maestro de italiano, latín, física, química, ciencias y pedagogía de los jóvenes salesianos en la casa salesiana de Valsálce, cerca de Turín.

Don Felipe Rinaldi, superior de los salesianos, recibe una carta de don Cimatti que escribe: "Búsqieme un sitio en la misión más pobre, más difícil, más abandonado. En las comodidades, aunque sean relativas, no me hallo a gusto. Tenga la bondad de concedérmelo".

Febrero de 1926. Los diez primeros misioneros salesianos guiados por don Cimatti llegan a Miyazaki (Japón) y se hospedan en una pequeña casa preparada para ellos. Don Cimatti comienza a visitar por primera vez a las familias cristianas, casi todas muy pobres. Escribe al superior: "¡Si viese qué casuchas! Ni Jesús en el portal de Belén. Bueno, ahora ya estamos en nuestra casa, y nos pondremos enseñuida a evangelizar a los pobres."

Problema número uno: la lengua. Viene un maestro elemental cristiano, con los libros de los niños. La pizarra está colocada sobre la mesa del comedor. Diez escolaritos con barba prestan atención. También los niños comienzan a llegar. Aumentan de día en día, y echan una mano para transformar en patio el hermosísimo jardín que rodeaba la casa. Hacen las primeras carreras, suenan las primeras risas.

En 1926, de repente se abre la puerta de la música. Para el séptimo centenario de la muerte de san Francisco, los franciscanos preparan una gran fiesta, y llaman a don Cimatti para que dé un concierto. Todo resulta un éxito. De uno pasan a ser cinco. Don Cimatti y la música europea ocupan los primeros lugares de los periódicos nacionales. Llegan más invitaciones. Al final de 1935, echando cuentas, se han dado 800 conciertos. No es que se haya ganado dinero, pero ha subido varios grados la simpatía respecto a los católicos, sobre todo los salesianos.

Don Cimatti, por recomendación de los franciscanos, visita la capital de Japón que en aquellos años ya es una ciudad extensa y caótica. Extensiones enormes de casas, edificios industriales gigantescos. Al lado de la riqueza, los negros cinturones de la miseria. Cientos de muchachos necesitados de cariño. "Vendremos aquí". Llegan a estos territorios a fines de enero de 1933.

El 19 de marzo de 1939, don Cimatti vive uno de sus días más hermosos. Al lado del obispo extiende sus manos sobre la cabeza del primer sacerdote salesiano nacido en tierra japonesa.

En 1941 Japón entra en la espantosa segunda guerra mundial. Cuarenta jóvenes salesianos son llamados a las armas. Con la noticia Cimatti se entristece. Comienzan los años negros. Hambre y frío. Bombardeos. Noti-



"Búsqieme un sitio en la misión más pobre, más difícil, más abandonado. En las comodidades, aunque sean relativas, no me hallo a gusto. Tenga la bondad de concedérmelo".

cias trágicas desde frentes muy lejanos. La comida está racionada rigurosamente: debe servir para los soldados. El carbón está requisado. Debe servir para los barcos y para la industria de la guerra.

Las malas noticias llegan como balas al corazón de Cimatti. Gregorio Tateishi, el primer salesiano japonés, muere en Kumamoto. El clé-



Don Vicente...



rigo Tarsicio Kai cae en el frente de Pacífico a los veintidós años, salesiano desde hacía sólo 12 meses. En un hospital muere Juan Nishimura. Tenía treinta y dos años y estaba a punto de ser sacerdote. Para el final de la guerra habrán muerto 10 salesianos japoneses.

Luego, en 1945, las bombas atómicas. La segunda fue lanzada sobre la catedral católica de Nagasaki, único barrio católico de todo Japón. El 15 de agosto Japón se rinde. La guerra ha finalizado con un inmenso desastre. Tropes de muchachos sin familia vagan entre las ruinas. Se convierten en limpiabotas, pinches, ladrones, saqueadores. La policía, exasperada, dispara. Don Tassinari, director de la casa salesiana de Tokio, comienza la "ciudad de los muchachos": 260 huérfanos, con escuelas elementales, medias y profesionales.

Los años de la reconstrucción son duros. Todos admiran y ayudan a los misioneros católicos. 1949 : Don Cimatti cumple setenta años y consigue, después de enérgicas peticiones, que la dirección general de las obras salesianas japonesas sea confiada a otra persona. Los años siguientes los vive en la periferia de Tokio, entre los clérigos que se preparan al sacerdocio: jardinero, profesor, confesor, también por algún tiempo director. Los últimos años se acaban lentamente: la sonrisa en los labios, el rosario en las manos. Dios vino a llevarse-lo el 6 de octubre de 1965.

CONOCIENDO A DON BOSCO

Bruno Ferrero

Cada año llama a la puerta de Don Bosco un grupo más numeroso de pequeños trabajadores. Son diez en 1853, serán ciento veintidós en 1886. Son aplastados por una montaña de injusticias. Las leyes que protegían, hasta 1844, las relaciones entre principiantes, aprendices de taller y patrones fueron abolidas por edicto real, arrancado al rey por los "liberales", en nombre del progreso.

Don Bosco no estaba satisfecho con los trabajos de los jóvenes. En los talleres y en las tiendas los pequeños trabajadores conviven con adultos a veces deshonestos, que hablan y actúan de modo poco educativo, que les invita a beber "para levantar la moral y estar alegres". Terminan así por estropearles el cuerpo y el alma.

En el otoño de 1853 Don Bosco (que tiene la bolsa vacía como siempre) realiza un acto de audacia: manda construir un nuevo edificio junto a la casa Pinardi y da comienzo a los talleres internos, en el Oratorio. Comienza con los zapateros y sastres, porque esos oficios sabe enseñarlos él, sin necesidad de pagar instructores externos. Pero está decidido a no quedarse ahí.

El taller de los zapateros lo coloca en un local estrecho, cercano a la iglesia de san Francisco de Sales. Se sienta delante de la mesita, y bajo la mirada de cuatro chiquillos asombrados golpea una suela esmeradamente, maneja la lezna alrededor de la pala del zapato. Después pregunta si han entendido cómo se hace. Al sí incierto de los chiquillos, intuye que han entendido poco, y comienza de nuevo, con paciencia.

Los sastres están colocados en la habitación de la cocina, mientras las cazuelas y los hornillos son trasladados al edificio nuevo. El maestro es también él, Don Bosco, al que en tiempos pasados invitaron a "colgar los libros", al comprobar su habilidad en la sastrería.



Los chicos, ahora, no salen a trabajar a la ciudad. Trabajan en casa, bajo la guía amorosa de Don Bosco y de sus ayudantes. El Oratorio comienza a desbordarse de chicos que llegan de todas partes: quieren aprender un oficio, no quieren encerrarse en los talleres de la ciudad. Llegarán al número de 300. Pero Don Bosco selecciona a los chicos: prefiere a los más pobres, a los más míseros, a aquellos que tienen necesidad absoluta de una mano para no naufragar en la vida.